

---

# Presentación

*Reglones* celebra su número 50 con un conjunto de trabajos que, en apariencia disímbolos, tienen un hilo conductor: el esfuerzo de pensar filosóficamente la práctica profesional educativa; sus sentidos, motivos, supuestos y finalidades. Su único propósito es comunicar el interés, la importancia y la posibilidad de realizar esta tarea hoy.

La unidad de los diversos artículos no estriba en que todos se refieran a un mismo ámbito temático, educativo-pedagógico, o a una misma problemática. El hilo que trama este número es el intento de aproximar la reflexión sobre la experiencia educativa profesional hasta el nivel que solemos llamar *sabiduría*. La diversidad temática, de enfoques o metodologías de pensamiento y presentación refleja la riqueza y la difícil definición de esta labor.

Ante todo, es imposible definir el pensar filosófico por sus temáticas y metodología, pues se ocupa de todo lo humano y de todo aquello que se relaciona con la humanidad, del ser y la realidad de lo que nos rodea, del cosmos. Además, lo hace con diferentes inquietudes, enfoques, intereses y muy diversas metodologías. El saber filosófico se construye a sí mismo, su objeto, su método, los conceptos fundamentales que iluminan y enfocan su búsqueda. Es un saber que se define conforme a la actividad de quienes lo realizan.

¿Para qué complicar las cosas cuando podemos investigar e incluso explicar —aunque sea hipotéticamente— el mundo con la física y la química, o a los seres humanos mediante la biología, medicina, sociología o psicología?

Las ciencias nos pueden decir cómo se hacen las cosas o de qué manera se estructuran, pero no pueden *des-cubrir* su sentido, menos aún el papel que desempeñan en la humanidad. Sin embargo, todas las profesiones, las ciencias y su transmisión pedagógica —como los seres humanos— tienen implícita una determinada concepción filosófica de su propio ser y quehacer, del mundo en que cobran sentido sus objetos y del ser humano para quien lo adquieren, y esa comprensión las condiciona, orienta y constituye como tales; en forma paralela, toda construcción tecnocientífica del mundo vehicula y establece socialmente su propia filosofía.

Ante esa tecnociencia cuyos medios se han convertido en fines en sí mismos y que se impone como criterio último de realización humana; ante el dominio que va adquiriendo el *know-how* —ya ni siquiera las ciencias como tales— sobre los seres humanos que lo crearon y su educación,

---

resulta una tarea urgente pensar/pesar su origen, sus dimensiones, su impacto profundo y significado, así como volver a controlar los procesos desatados.

Por otra parte, también es esencial reflexionar la educación, proceso por el que transmitimos a las siguientes generaciones no sólo conocimientos y métodos sino la vida y las formas de vivirla, en el fondo lo que es ser humano. Tenemos que pensar si en verdad lo hacemos, cómo y por qué, para qué sociedad y con qué proyecto lo estamos haciendo; debemos saber quién dirige y quién configura esa sociedad —y de paso la educación— y con cuáles fines. Más aún, necesitamos preguntarnos no sólo qué prácticas y saberes, qué criterios utilizamos y cuáles son sus resultados inmediatos sino también qué tipo de humanidad constituimos al hacerlo.

Urge pensar filosóficamente porque todas las sociedades e instituciones, todo pensar y hacer suponen/exigen una determinada visión/proyecto de ser humano, de lo que nos humaniza, de lo que importa y los modos fundamentales de realizarlo. De hecho todos los seres y grupos humanos tenemos una cierta filosofía, aunque sea fragmentaria o no refleja. La apuesta de los grandes filósofos es que todos podemos pensar filosóficamente si atendemos lo suficiente a la realidad que nos rodea, si nos dejamos impactar por ella y asumimos a fondo ese impacto.

*Pedro de Velasco Rivero, S.J.  
Coordinador del Doctorado  
en Filosofía de la Educación del ITESO*